



RESURRECCIÓN



J A I M E M E S A



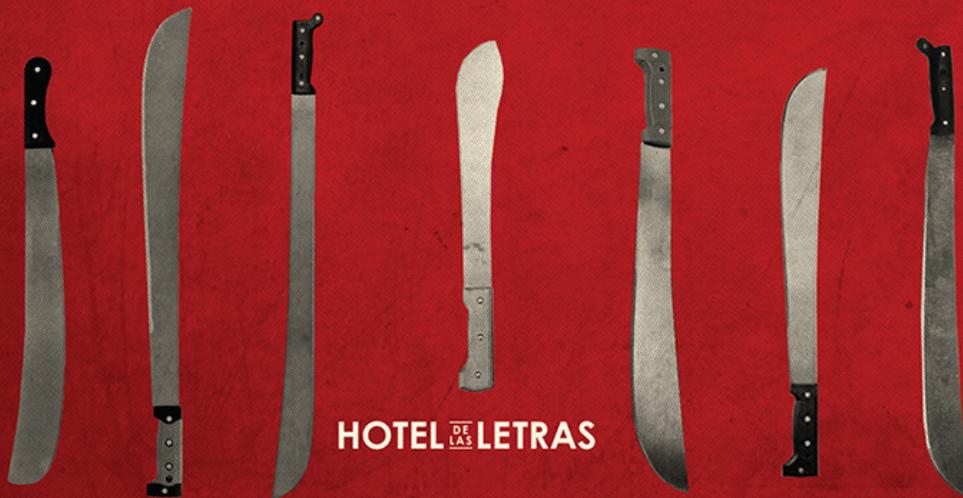
HOTEL DE LAS LETRAS



RESURRECCIÓN



JAIME MESA



HOTEL DE LAS LETRAS

JAIME MESA

RESURRECCIÓN

OCEANO **HOTEL**
DE LAS
LETRAS

Para Alma Jacobo porque me contó al oído esta historia.

No todos los hombres alcanzan la perfección de morir; hay muertos y hay cadáveres, y yo seré un cadáver.

ELENA GARRO

Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

Credo niceno-constantinopolitano

No hay que cerrar los ojos cuando mueres.

D. G. M. J.

YO, DANTE MIER

La Ñañá salió a recibirme tan pronto me asomé por la reja de la casa. Estaba esperándome. La Ñañá es una mujer sin edad que siempre había estado con mis padres y que me había cuidado durante mi infancia. Decían que huyó muy joven de su pueblo porque no quiso someterse ni a sus padres ni al esposo obligado que le habían escogido. Se fue, se rebeló y terminó aquí.

Yo había pensado darme una vuelta por San Juan Betulia antes de pasar a la casa familiar. Se me olvidó que es de las primeras que uno debe encontrar para ir al centro, ese cuadro diminuto en donde están un parque asoleado y muerto y una iglesia que los pobladores construyeron.

Al cruzar el patio inmenso, todo polvoso, lleno de cachivaches, de ramas enredadas y verdes, vi de reojo San Juan Betulia y no reconocí ese primer vistazo. Había una transparencia y una paz que se reflejaban en varias casas de muros gruesos y perennes. ¿En dónde estaban los ejércitos de mil machetes? ¿En dónde estaban las colinas de muertos y los gritos de los malandros de las cien cabezas?

Mi primera impresión fue que el pueblo de mi infancia era una terraza hacia la desolación. El cáncer no hace más que extenderse en las ciudades mordidas por la violencia. San Juan Betulia era un paciente envejecido por la quimioterapia, con los brazos llenos de piquetes, con la

mirada hundida y la piel aguada de tanto morir sobre las sábanas blancas, aunque medio sucias, de un hospital cualquiera. La esperanza, como en los casos terminales, era parte de su letargo.

Pero era mi casa.

Ahora que volví mi pasaporte falso dictó mi identidad. Llegué a San Juan Betulia una mañana de octubre, luego de más de una década refugiado en Europa. Mi abuela, la Gena, había fallecido y pude venir a la tierra de mis ancestros ante la inminente muerte de mi madre. Soy el hijo del que vivió mil años Ariel Mier, nieto del jefe de jefes Servando Mier. Soy Dante Mier. El último de esta familia enraizada en su época.

San Juan Betulia está al sur y se llega por una carretera federal angosta que de pronto se convierte en avenida, la que cruza todo el pueblo y que allá, tras la loma, vuelve a ser carretera guanga. No hay diferencia. Da igual la hora del día, por ahí pasan autobuses, camiones de carga, desvencijadas camionetas llenas de fruta, bicicletas o animales sedientos y cansados. Hace un calor denso y pegajoso, como si los pulmones caminaran a través de un pantano. A veces la idea de ese calor, que yo recordaba, me hacía considerar increíbles las leyendas de violencia que San Juan Betulia siempre se ha encargado de producir y que en un tiempo fueron noticia nacional. A veces la gente exagera, le va aumentando hazañas a los héroes, a los enemigos, multiplica la realidad hasta volverla una pasta maleable que atraviesa generaciones y que deja incrédulo al último que la escucha. Pero para nuestra familia la lente que agiganta los hechos es lo natural. Cuando los límites se expanden y se desquician comienza el relato verdadero. En una matanza un hombre común puede acabar con veinte personas, pero si ese hombre es una leyenda puede

aniquilar a doscientas con sus propias manos. Qué importa que nadie lo crea. Para los incrédulos están los periódicos. Lo que ocurre en la realidad siempre guarda ríos subterráneos: la leyenda de mi familia siempre juntó estas aguas profundas y cristalinas con el llanto caliente del sol. Aunque a mí me parecieran asombrosas y dignas de superhéroes las corretizas con rifle en mano a través de esas calles con ese ardor metiéndose por la garganta, existían.

Yo crecí escuchando esas historias, las viví de esa forma, aunque, alguna vez lo pensé desde allá en mi casa segura en París, el mundo como lo conocemos se oponga, con sus reglas estrictas, a que exista. Para qué esconder lo secreto, pensaba, mejor sacarlo como una mala sangre que te raspa las venas.

La Ñañá era alta y su cabello grueso y unido como el tejido de una alfombra. Tenía los rasgos de una negra excepcional, la nariz hecha bola y gorda, los labios como orugas rosas, pero lo mestizo de nuestro pueblo le había despintado la piel hasta un cobrizo rubio. Si en las fotografías deslavadas que conservaba de ella, esa mujer-enfermera-cocinera me parecía un personaje de un melodrama, en vivo era la puesta en escena de un dramaturgo decadente. Sentí una ligera repulsión al saludarla, no por su insistencia de darme un beso en la mejilla, sino porque ella misma parecía irreal. Luego, cuando me ofreció un café en la cocina y se puso a hablar, se me fue pasando el asombro y entonces la encontré íntima y cotidiana. Yo no sé por qué pasaba todos los días a cuidar a mi madre, ni por qué, casi, vivía ahí. No era familia ni amiga de mis padres ni tenía ningún tipo, hasta donde yo sabía, de relación de parentesco atrasado. Además, salvo la comida del día y alguna cosa, no le pagaban.

«¿Cómo está, zika?», me dijo la Ñaña. «Con hambre...», le respondí mientras me acomodaba en la banca de madera en la cocina. Aquella palabra, «zika», que era algo así como «mijo», me llevó al pasado cuando su voz era un eco y lo escuchaba por todas partes. A veces, durante mi recurrente insomnio en otras tierras, yo imaginaba charlas interminables con ella en las que me contaba las historias de San Juan Betulia. A veces hablábamos por teléfono y guardo partes aisladas de lo que nos contamos. «¡Cuéntame de cuando mi papá nos defendió de doscientos malos!», le pedía, como el infante que devora fantasías para que la realidad no lo espante. En ese tiempo yo más o menos sabía toda la historia de Servando y Ariel Mier, pero cada amanecer se me olvidaba como si llevara una maldición que quisiera alejarme de mi propia raíz.

Ahora con aquel «zika» me sentí en confianza y quise hablar. Le conté brevemente de la abuela Gena, de mi vida en otro país, de la naturalidad de mis días, de que allá la realidad no era ampulosa ni desencajada como acá. Ella sonrió un poco y empezó a fumar, la había visto enrollar una larga hoja de tabaco real, y con cada bocanada yo sentía que mis problemas eran como pulgas inofensivas saltando en el patio, allá en donde estaba el mango con el que la Ñaña premiaba a los pequeños que se portaban bien. «Acá las cosas son como son, zika...», empezó a decirme cuando guardé silencio después de que le solté tanto rastrojo. «Si yo me pusiera como vos a separar lo cierto de lo que no mis días irían desapareciendo. La distancia y el tiempo ya te las quitaron, zika, pero todos acá en San Juan Betulia tenemos cientos de historias en la cabeza, de nosotros y de los otros. Llenaríamos una enciclopedia, zika» y la musicalidad de su voz me fue despejando la cabeza, y mientras desayunaba un café que se sentía en la boca como grumos de tierra

mojada fui procesando todo el tiempo que había sobrevivido sin estas certezas porosas.

«Es que de pronto entiendo que en mí hay tantas cosas, Ñaña, de tanta gente, Ñaña, y he imaginado demasiado, Ñaña, que me estoy asfixiando con todo eso, Ñaña», y ella me miró como nos miran las estatuas que de pronto cobran vida y nos muestran que han estado conscientes desde siempre, abrió con los garfios de madera que tenía por manos un mango y me dijo: «hay sólo unas pocas historias que resumen la historia de nuestro mundo, zika, la del hombre que mata a otro hombre; la de los hombres que matan a otros hombres; la de los afortunados que se mueren y la de los desgraciados que sobrevivimos... Sólo elige a quién le pasó qué y todos los detalles irán embonando... Nadie tiene la obligación de creerte o de creerme. Para eso no está hecho este mundo, zika. Deja que pasen de largo los que no».

La escuché en silencio, me guardé hasta la respiración y miré cómo iba recomponiendo el mundo, cómo suspiraba en ciertos momentos de su relato, con la reconstrucción de aquella vieja leyenda que todos ya sabían y daban por hecho. La antigüedad de su dicho, el cambio de nombres que seguían siendo los mismos, la pulcritud acre y revuelta del orden de lo que había pasado era un remolino que, sin embargo, ponía todas las cosas en su lugar. Ahí habíamos estado desde el principio y ahí seguiríamos. Había una desazón general en su tono, pero amortiguada por los recuerdos que se le agolpaban y que transcurrían del pasado al presente sin importar nada. Todo era un solo bloque que no aceptaba fechas porque los mismos muertos de ahora eran los mismos muertos de ayer. Y los sobrevivientes, así lo dijo Ñaña, éramos los mismos: el horror nos había unificado. Pero dijo «horror» de la misma

forma en que pronuncias el nombre de un animal que sólo encuentra cobijo en las profundidades del mar. El mal, al que nunca se refirió, era uno y estaba en el aire. Estaban tan acostumbrados a la maldad ancestral de los hombres que las peleas por un terreno que ni siquiera abarcabas mirando al horizonte, o por una mujer de doce años que no se quería casar, o por un chivo diablo, eran las mismas que las guerritas de mentiras por un plantío, una fábrica de droga o una paca enorme de marihuana. «Los muertos son los mismos, zika», insistía cada vez. «A mi padre lo mató un cazul porque las mujeres de ambos los habían mandado por detergente a la tienda. Mi padre le ganó y en la calle el cazul sin mediar palabra lo sembró de machete, zika. Al cazul el machete le salió de la boca, escupido como una lengua de fierro. Ahí quedó el güero, como una llaga sobre la mierda de caballo», y la Ñañá siguió durante varios minutos y su voz me arrullaba. «Si sólo hubiera imaginado así mi vida, aunque fuera todo mentira...», pensé.

«Tu madre se va a morir pronto, zika, pero todavía no... ¿quieres ir a dar una vuelta por el pueblo para que te mires de cerca?», me dijo mientras se levantaba aún con su cigarro de tabaco real en la boca, con su vestido de flores que se le inflaba en la panza, con esos brazos de garrote y su inmensidad a pesar de todos los siglos que tenía su cuerpo. La Ñañá era invencible y viviría un siglo más.

Salimos de la casa familiar y yo quise que me tomara de la mano. No le dije. Pero entonces su voz me fue llevando. Pasamos por una papelería con las letras descoloridas y chuecas que anunciaban un nombre: La Yuca, y la Ñañá saludó a todos. Entramos y vi la reverencia con que un hombre rengo y cuyo sombrero descansaba en su rodilla, la Yuca y sus dos hijos, y una mujer diminuta recibían a mi protectora. Mi pueblo mestizo, a diferencia de la sierra en la

que sus miles de dialectos vuelven un laberinto las costumbres y nadie se entiende, no había aceptado más que el español para contar sus historias, así que no tenían otra lengua para esconderse de mí. Entendí todo lo que decían. Había pollo caliente y borrego con la hija de Chuleca, y mole recién masticado con la prima de Rita.

«Eres el hijo de Ariel, ¿verdad?», me preguntó el hombre rengo. «Tienes su misma cara.» Aquella pregunta me había reconfortado. Me había asentado en el suelo que estábamos pisando. «¿Qué te has hecho, hombre? Te fuiste a estudiar a la ciudad, ¿verdad?», y fui respondiendo con mentiras a las preguntas que me iban haciendo. Parecía un coro que no dejó de mirarme hasta que la Ñañá dijo que seguiríamos nuestro camino.

El sol entraba en nuestra piel pero a la Ñañá parecía no lastimarla. Noté que cojeaba un poco y en un momento tiró la última chupada de su cigarro, que ya era un diminuto pedazo de papel de estraza hecho bola.

«De esa esquina una vez se llevaron a siete chamacos, zika... yo estaba allá en los helados y vi cómo tres camionetas se detenían, se bajaban unos zancos con la rusa colgada, ni siquiera les apuntaron, y a jalones los fueron subiendo de a dos o de a tres. Algunos dijeron que se los habían llevado al monte para volverlos sicarios, los embarraban con hormigas rojas y vivas y los ponían a tirar contra árboles y luego a ejecutar cristianos para practicar. Cuando ya no temblaban, se los llevaban a la guerra. A ellos los ponían al frente cuando iban por guachos o chukos rivales. Una vez fueron a secuestrar a don Antonio, el que tenía la tienda de leña, total que una de las madres vio, en uno de los malosos, a su hijo. “Zika, zikito”, le gritó, pero nada. Luego de llevarse a Antonio no volvimos a saber de él o de nadie más. Era triste ver a la mujer por la iglesia

diciéndoles a todos que estaba segura de que su hijo la había visto y había llorado. Quién sabe...», y mientras hablaba detuve mis ganas de decirle que eso ya lo sabía por las noticias, que yo lo que quería escuchar eran las historias de mi familia, de los Mier, de sus hazañas legendarias o de los terrores milenarios que sembraron antes de mí o cuando yo estaba muy chico. Parecía que esta realidad poquitera, de un muertito ajeno allá, de un acribillado por acá, era como la reconstrucción tediosa de cualquier pueblo, yo quería acercarme a lo familiar, a lo que narran los rumores, lo que existe en los susurros, de cuando los hombres, a pesar de ellos, se convierten en otra cosa y no en esos cacharros de carne y sangre y huesos rotos.

Antes de llegar a la paletería nos detuvimos en la cancha de basquetbol, medio abandonada, medio desigual, con los aros oxidados y las líneas en el piso borroneadas. Había un grupo deshilachado de personas, apostadas bajo un árbol de fronda enorme, que se pasaban un botellón de cerveza tibia. «Acá jugaban los chiquillos, zika... Allá en la esquina le cortaron la cabeza a Tobías y a su mujer, la Isabel. Un maloso tenía a sus hijos chicos contra el suelo, apretándoles la cabeza con la patota, y el Joaquín, nieto de aquel hombre rengo que te saludó en la papelería, macheteó a Isabel primero y luego a Tobías. Aún recuerdo el rebuzno, el grito tosco que pegó Tobías cuando vio de reajo a su mujer con el cuello regando sangre. Como treinta personas estábamos por ahí y, nada, había un silencio que sólo se rompía con los palazos: chaz, chaz y la risa de bodoque del Joaquín. Ni tiempo le duró para recordar esas muertes porque dos días después tres guachos lo cazaron en su casa y lo despellejaron todito antes de dárselo de comer a los marranos. Uno de los tres guachos era sobrino de Isabel. Ya

quitaron las cruces de acá, les estorbaban a los malos que jugaban basquetbol en las noches.»

Lo que me contaba Ñañañá contradecía la atmósfera serena de San Juan Betulia. Luego de las primeras casas como iglús de tierra parda y metiéndonos hacia el cementerio, las calles estaban más arregladas, las casitas habían dejado el adobe y la teja y la palma para transformarse en casas de dos o tres pisos de una arquitectura uniforme. Costaba trabajo que alguien lo hubiera planeado así. Pasando la biblioteca y la escuela, había un gran tianguis cuyas carpas de manta y plástico parecían plantas salvajes creciendo a la orilla de un río. Daba la impresión de que en cualquier momento esa cuadra se iba a tragar a San Juan Betulia. «¿De quién es eso, Ñañañá?», pregunté. «De nadie, zika, de nadie.»

Aunque no vi infantes, seguro todos estaban en la escuela, parecía que había una ligereza en aquel ambiente adolorido por el calor. La gente iba al mercado sonriendo. La Ñañañá se detuvo a bromear con el sacerdote que ya había dado misa y se tomaba un capuchino cerca de la plaza. «Usted es el nieto de Servando, ¿verdad?», me preguntó. El sacerdote era un tipo blanco con la cabeza metida entre los hombros y las manos peludas y gordas. Sonreía como un duende de peluche y lo rodeaban tres hombres que recibieron a Ñañañá con honores y saludos exagerados. «Esta mujer es una santa», le dijo uno de ellos. Los tres, al principio, me miraron con reserva pero luego me extendieron sus manotas limpias de campesino y nos invitaron a sentarnos. «Vamos tarde, el zika quiere ir a ver el pueblo», les dijo mientras nos despedíamos alzando una mano.

«Acá todos ya nos conocemos y por eso no hablamos de más», me advirtió la Ñañañá como si hubiera visto en mis

gestos una intención de preguntarles por mis padres. «Dos de esos tres rancheros son unos hijos de puta», me dijo la Ñaña. «Pero ya uno no sabe cuál es cuál...» Mi frustración iba en aumento. ¿Qué me importaban todas esas historias o saber quién era quién hoy, títeres que habían sobrevivido a los grandes días? De lo que yo quería escuchar era de nuestros ancestros, de antes, de cuando el miedo y la cobardía no habían purgado la verdadera realidad que ahora se escondía detrás de este escenario de cartón. Y así se lo dije. «Mmmmm», gimió para dentro la Ñaña. Quería enfadarse conmigo o algo, pero supongo que entendió que, a pesar del trato que me daban todos, yo ya estaba grande y, lo más importante, que yo era un Mier, que todo ese pasado que surcaba en silencio detrás de esta apariencia de realidad también era mía. «Ven pues...», me dijo.

Antes de llegar a la plaza, una explanada de cemento con árboles medio secos plantados en unos maceteros de piedra tuca, la Ñaña me mostró a tres jóvenes en un callejón. Parecían fumar o estar contándose cosas. Nos acercamos y de pronto se quedaron callados. Saludaron a la Ñaña con una solemnidad rancia. Los tres eran morenos, con pantalones de mezclilla de un tono azul distinto en cada uno. Les vi los labios cuarteados, como si hubieran pasado días sin tomar agua, pero vi que cerca de una de las paredes había varias latas de cerveza estrujadas. La mirada de los tres era igual: la que tiene un chivo desollado. Pero le sonreían a la Ñaña. «Acá vete con ellos, necesitas el bautizo para que te cuente lo verdadero; con ellos sí puedes hablar», me dijo la Ñaña y un sentido de orfandad me atrapó porque ni pude decirle que no y seguir mi camino con ella, ni pude quedarme tranquilo. Tuve miedo pero me lo tragué para no evidenciarme. Luego les vi las pistolas metidas en el pantalón. Entonces me preguntaron: «Eres el